

en la galería de cristales, según referí al principio de esta historia.

Mas con toda su decision, yo sigo creyendo que no se casa nunca.

Lo piensa mucho.

POSDATA.—En este momento, apenas había acabado de escribir lo que antecede, llega el cartero y entre otras cosas me trae una esquila... ¿A ver?...

DON EUGENIO DE VILLATARDÍA...

Ustedes creerán que me da cuenta de su casamiento con aquella novia andaluza de que me habló la última vez. Ustedes creerán que en la esquila, despues del nombre de mi amigo, sigue la ridícula fórmula: *participa á usted su efectuado enlace, etc.*

Pues se equivocan ustedes.

La esquila dice sencillamente:

HA FALLECIDO

¡Pobre Eugenio!... Toda la vida pensando en casarse y se ha muerto soltero, como yo le pronosticaba.

¡Bueno es pensarlo, pero no tanto!

XVI

## AVENTURAS, VENTURAS Y DESVENTURAS

## AVENTURAS, VENTURAS Y DESVENTURAS

---

### I

Sin armas, con el alquicel hecho jirones y al trote corto de un trasijado y sudoso alazan, al rayar el día 1.º de Octubre del año 914, pasaba un moro el puente de Mansilla.

Por la dirección con que cruzaba el Esla parecía encaminarse á Leon. Pero ¿qué viaje llevaba aquel moro, solo é inerme, á la corte de los cristianos?...

Iba á cumplir un juramento.

El Rey D. Ordoño II había salido á campaña contra los enemigos de la fe, que hacían correrías por la orilla del Duero.

Tres días antes, la víspera de San Miguel, había encontrado el Rey de Leon á los moros cerca de Castro-Nuño y se había trabado entre los dos ejércitos sangrienta batalla.

Declarada ya por los cristianos la victoria,

que un buen rato había estado indecisa, en los últimos intentos de desesperada resistencia que hizo el ejército musulmán, se encontró Abumelid, que era uno de sus más valerosos caudillos, frente á frente con un caballero leonés que iba en la vanguardia, y se empeñaron en singular combate. Después de dos terribles embestidas sin resultado alguno, á la tercera, el leonés, de un poderoso bote de lanza, sacó de la silla á su enemigo y le derribó en tierra. Cuando le iba á atravesar el pecho, oyó que le decía:

—No me mates: estoy rendido.

—Vive, pues así lo quieres—dijo el vencedor desviando generosamente la lanza.—Levántate.

—¿Con qué condiciones?

—Con la de ir á Leon á presentarte á la Reina y á su primera dama Doña María de Villamizar, confesando que te ha vencido en buena lid Hernando Álvarez de Pedrosa. ¿Me lo prometes?

—Te lo juro.

—Deja las armas, vete, y á la vuelta las recobrarás y serás libre.

—Alá te premie tan noble promesa si la cumples.

—Los cristianos cumplimos siempre nuestra palabra.

—Abumelid te probará que los moros también sabemos cumplir las vuestras.

Y emprendió el viaje.

## II

A las nueve de la mañana, cuando el triste y apesadumbrado Abumelid llegó á dar vista á Leon desde el Portillo, creció su pesadumbre y aumentó su tristeza, por lo embarazoso y desairado del encargo que tenía que cumplir en la corte.

—«¿Por qué he querido conservar la vida?—se decía disgustado de sí mismo.—¿Por qué no dejé que la lanza del adversario me hubiera roto el corazón en Castro-Nuño?... Voy á ser portador de alegría para los enemigos del Profeta, y voy á publicar mi propio vencimiento, mi propia deshonra... ¡Mal haya la hora en que abrí los labios para pedir clemencia al vencedor!... ¿No me hubiera sido mejor perder la vida que debérsela á un cristiano? ¡Abumelid, Abumelid! ¿Tuviste miedo á la muerte?... ¡Ah! no. Alá es testigo de cómo la he desafiado en cien combates. Alá es testigo de que no he pedido la gracia de vivir por miedo á la muerte ni por apego á la vida, sino por *ella...*»

Ella era Zudaira, la hija del gobernador de Talavera, la mora más hermosa que había desde el Guadarrama hasta el Estrecho, la que al partir le había atado al cuello de la lanza un lazo de seda verde con su cifra bordada en oro, como prenda de que en volviendo vencedor celebrarían sus bodas.

Por no renunciar para siempre á ver realizado este hermoso sueño de felicidad, había querido Abumelid conservar la vida, aún á costa del bochorno de pedírsela á su contrario y de tener que publicar en tierra de cristianos su derrota.

¿Podría llegar así á la dicha anhelada?

Por de pronto marchaba en direccion opuesta. Pero ¿quién sabe?... La esperanza es lo último que se pierde, y Abumelid esperaba todavía que despues de aquel grave contratiempo, cumplido el juramento que había empeñado, el leonés le devolvería hidalgamente sus armas, con ellas tornaría á incorporarse á los suyos, haría proezas de valor contra los cristianos y tornaría á entrar en Talavera siendo el primero entre los vencedores...

Sólo esta esperanza sostuvo á Abumelid y le dió ánimo para llegar á las puertas de Leon, declarar á la guardia el motivo de su viaje, entrar en la ciudad bajo las miradas curiosas de sus habitantes, y presentarse en el palacio,

donde cumplió con toda exactitud el extraño mensaje de Hernando de Pedrosa.

La Reina y toda la corte tuvieron con la noticia de la victoria del ejército cristiano grande alegría; Doña María de Villamizar sintió muy halagado su orgullo y hasta un poco enternecido el corazon en favor del valeroso caballero á quien hasta entonces afligía con su desden, y Abumelid, despues de hacer las convenientes zalemas á la Reina y á las damas, tornóse á montar á caballo y comenzó á desandar el camino.

### III

—«¡Cuántos monumentos de nuestra desgracia!»—decía Abumelid á la tarde siguiente atravesando los *Campos Góticos*, erizados de fortalezas reconquistadas recientemente al poder moruno por Alfonso el Magno, que puso la frontera en el Duero.—Allí está Belmonte... Allí Villalba del Alcor... Aquél es Tordehumos.. Aquél es Ureña... El otro es Tiedra... Allá está la Mota... Si Alá lo quiere y el Profeta ampara á sus hijos, pronto volveremos á ocupar estas tierras, y Zudaira será la señora del que más la agrade entre todos estos castillos...»

Castillos en el aire eran los que hacía el po-

bre Abumelid, mientras hundiendo las espuelas en el vientre del cansado alazan, procuraba llegar cuanto antes al campamento del Rey Ordoño, para dar cuenta á Hernando de Pedrosa del cumplimiento de su promesa y recobrar sus armas.

Al día siguiente repasó ya el Duero por Tordesillas, y despues de hacer varias preguntas sobre la direccion que había llevado el ejército cristiano, se encaminó á Segovia.

Allí tuvo noticias de que el Rey de Leon se había dirigido hacia el Poniente.

Día y medio despues le informaban en Avila de que el ejército cristiano, persiguiendo á los moros, había tomado allí la direccion de Piedra-Hita.

—En el puerto resistirán los míos—se decía—y harán á los cristianos retroceder.

Pero llegó al puerto, y por allí habían pasado tambien, en direccion al Mediodía, los moros huyendo, y en su persecucion los leoneses.

—¿Habrán ido sobre Talavera?—se preguntó medio desesperado. Y á Talavera se encaminó con el imprudente coraje con que la osa, que ha sentido la gritería de los cazadores, marcha de frente á ellos, porque en la misma direccion está la cueva en que ha dejado sus esbardos. Ya no se acuerda de que no tiene ar-

mas con que combatir; piensa en Zudaira, espolea sin piedad su pobre potro y llega por fin á Talavera, cuyas ruinas cubre una nube de humo.

—¿Qué es esto?—preguntó á una anciana que lloraba á las puertas de la ciudad.

—Que el Profeta abandona á sus hijos... Que el Rey de los cristianos ha caído sobre nosotros con su ejército, ha entrado por fuerza en la ciudad, y despues de saquearla y de ponerla lumbre, se ha llevado cautivos al gobernador y á todos los habitantes de buena edad que no habían perecido en la defensa... No entres, Abumelid, que no hallarás más que casas ardiendo y viejos llorando...

—¿Dónde están los cristianos?—preguntó Abumelid á la anciana.—¿Sabes á dónde han ido?

—Marchan sobre Cáceres.

Abumelid dió vuelta á su caballo, y por la parte exterior de la ciudad, medio asfixiado por el humo de los edificios que las llamas iban acabando de consumir, se puso en el camino de Cáceres, corriendo como un loco en seguimiento de los leoneses.

Despues de haber andado una buena jornada, tuvo noticia de que el Rey D. Ordoño, enterado de que en Toledo se estaba juntando un ejército muy grande para salir contra él,

por no exponerse á perder las ventajas adquiridas, había determinado volverse á sus tierras.

## IV

Cinco días despues entraba Abumelid en Zamora, donde estaban el Rey de Leon y su ejército celebrando con grandes fiestas las recientes victorias. Pero ni encontró allí á Zudaira, porque los cautivos de Talavera habían sido llevados á Leon, ni á Hernando de Pedrosa, que había sido el encargado de conducirlos.

El triste Abumelid pidió hablar al Rey, y concedido que le fué, refirió á D. Ordoño todas sus desdichas, desde la derrota de Castro-Nuño, hasta el cautiverio de la elegida de su corazon, de aquella por quien había querido vivir, áun al duro trueque de ir á declarar su vencimiento á la corte cristiana.

—Señor—concluyó el enamorado Abumelid, arrasándosele en lágrimas los ojos,—en vuestra ley son sagrados los juramentos: dame á Zudaira que me ha jurado ser mi esposa... Esa mujer, señor, me pertenece; no puede ser de otro hombre. Dámela, Rey magnánimo, y Alá prolongue tus días y los de tus hijos..

La sinceridad con que el moro expresaba su pena conmovió grandemente á Ordoño II, el cual, considerando que en aquellos días en que Dios le colmaba de felicidad concediéndole la victoria sobre los enemigos de la fé, y la dilatacion de sus dominios, no debía negar á un desgraciado una merced relativamente pequeña, hizo á Abumelid portador de una carta para Leon, en la que ordenaba la libertad del gobernador de Talavera y de su hija.

Acariciando y besando el pergamino, partió Abumelid á toda prisa para Leon, despues de haber hecho al Rey cristiano interminables reverencias.

Iba á ser feliz. En Leon recobraría sus armas y la mujer amada de su corazon. La comun desgracia haría que ni Zudaira ni su padre tuvieran por caso deshonoroso lo de Castro-Nuño, áun cuando hubiera llegado á su noticia. Y luego, él iba á ser su salvador, á él le iban á deber la libertad Zudaira y su padre.

Embebido en tan dulces pensamientos llegó á Leon el tercer día á media mañana, á tiempo que las campanas de la catedral repicaban y volteaban alegres anunciando fiesta.

Penetró en la ciudad, por cuyas calles discurría mucha gente en direccion determinada, y siguiendo aquella misma direccion, se en-

contró en la plaza de Regla, donde el concurso era muy grande.

Las campanas seguían tocando.

—¿Qué ocurre de extraño?—se determinó á preguntar.—¿Por qué es la fiesta?

—Porque se bautiza una cautiva—le contestó una mujer que, cubierta la cabeza con la mantilla, se encaminaba al templo.

A Abumelid le dió una vuelta el corazón. ¿Sería Zudaira?... No, no podía ser. ¡Qué locura! Zudaira estaba bien instruída en la ley del Profeta... Pero la mujer á quien había preguntado continuó:

—Y es una mora de las principales, y muy hermosa, hija no sé si de un emir ó de un jilifa... ¡Vaya! Como que la bautiza el señor Obispo y es padrino el Conde de Mayorga y madrina Doña María, la dama de la Reina...

Cada palabra de éstas se clavaba en el corazón de Abumelid como un dardo envenenado.

¿Sería posible que fuera Zudaira la que abandonaba la ley del Profeta?

La sangre se le agolpaba en la frente y sentía escalofríos terribles por todo el cuerpo.

Se apeó, abandonó el caballo en medio de la plaza, y atropellando á los fieles que querían impedirle el paso penetró en la iglesia. Se dirigió á la capilla donde había más gente, y vió á Zudaira con el cuello desnudo y destrenza-

dos sus hermosos cabellos negros por donde acababa de correr el agua del bautismo.

—¡Pérfida!—gritó Abumelid con voz ahogada por el furor.

La mora le conoció en la voz y se estremeció. Despues quiso llamarle, para exhortarle á que abjurara como ella de la supersticion de Mahoma y abrazara la religion cristiana; pero Abumelid había desaparecido.

Salió de la iglesia, recobró el caballo, huyó de la ciudad corriendo como un loco, y al volver á pasar el puente de Mansilla, se arrojó de cabeza en el Esla.

## V

Un año despues, Hernando Álvarez de Pedrosa, el vencedor de Abumelid, en desquite de los antiguos desdenes de Doña María de Villamizar, se casaba con la hermosísima Zudaira, ó con *Doña María de Talavera*, como llamaron á la mora despues del bautismo.